

Salir del círculo

Por Michel Fariña, Juan Jorge / San Martín, Débora

Comentario del film **“Buena Vida Delivery”**, de Leonardo Di Cesare

Su historia tiene como principal personaje a Hernán, quién a sus 24 años apenas ostenta un precario trabajo como “delivery”. Desde que su familia emigró a España huyendo de la crisis que atraviesa el país, vive solo en la casa familiar, ahora vacía y llena de recuerdos. Está enamorado de Patricia, empleada de una estación de servicio a la que todavía no se ha animado a expresarle sus sentimientos. Pero todo cambiará cuando, al enterarse de que busca hospedaje, se ofrece a alquilarle una pieza de su propia casa. Al poco tiempo de convivencia comienzan una relación amorosa aparentemente idílica. Pero, sorpresivamente, la familia de Patricia llega desde una ciudad del interior y se aloja por una noche en la casa de Hernán. La familia es respetuosa y se hace querer, pero los días van pasando y no se van. Hernán comienza a preocuparse cuando Patricia, cada vez más distante, parece no hacerse cargo de la situación. Venancio, el padre de la muchacha, quebrado económicamente, dice no estar en condiciones de irse hasta conseguir algo de dinero para pagar otro hospedaje. Todo se complica cuando una tarde, al llegar del trabajo, Hernán encuentra el living invadido por las viejas maquinarias de la antigua pastelería de Venancio. Patricia insiste en que ella no tiene nada que ver y sólo sabe pedir disculpas. Hernán comienza a pensar en desalojarlos por la fuerza, pero Venancio resiste cada intento y lentamente comienza a apropiarse del espacio. El desconcierto de Hernán se hace aún mayor cuando imprevisiblemente Venancio pone en funcionamiento su fábrica pastelera allí mismo, en el living de su casa. Desocupados, piqueteros e inmigrantes ilegales comienzan a desfilar por la casa invitados por Venancio, quién, ante los anonadados ojos de Hernán, intenta seducirlos con promesas de rápida prosperidad. La vida de Hernán se convierte en un caos. Patricia se disculpa constantemente pero está cada vez más distante y Hernán ya no sabe en quién confiar. Y ahora, para colmo, es él mismo quien se queda sin trabajo.

Hasta aquí la esmerada sinopsis provista por la distribuidora del film. Su transcripción completa está doblemente justificada. En primer lugar, como reconocimiento. Estamos ante una película excepcional que todos los argentinos deberíamos ver cuanto antes, pero cuyo estreno deberá esperar por lo menos hasta fin de año. ¿Las razones? Seguramente las mismas penurias económicas que denuncia su trama. Conocer su argumento y sus bondades nos permitirá seguir su pista y no dejarla escapar.

En segundo lugar, porque la síntesis –que se cuida de dejar abierto el desenlace de la historia– anticipa el doble escenario de una tragedia que nos toca a todos.

Por un lado, el de la debacle económica: el film es una galería de familias disgregadas por el exilio y las migraciones domésticas, de buscavidas y subocupados que deambulan en la inestabilidad de los empleos basura. Y también de excluidos absolutos del sistema: desocupados crónicos, indocumentados, villeros, parias. Todos en la misma superficie. Enganchados y desenganchados, fluyendo en la permeabilidad de los cuerpos abatidos.

Por otro, el de la miseria subjetiva, que resulta causa y efecto de la anterior. Patricia nació en 1975, el mismo año en que su padre Venancio comenzó con su emprendimiento pastelero. La chica va a cumplir treinta años y el film permite reconstruir –imaginar– lo que ha sido su vida en esa familia presa del patriarcado y la frustración. Su belleza la ha ido encerrando en un circuito de hombres imposibles –padres ausentes, amantes circunstanciales– que le impide estar con su propia hija. En esa prescindencia de toda causa hay sin embargo un goce. Y es frente a esa serie que la historia introduce un maravilloso punto de inflexión.

Hernán es otro repetidor. Ha realizado algunos estudios y tiene inquietudes artísticas, pero ha sido ganado por una rutina que anula cualquier sueño. Con su cara de buenudo, resulta la síntesis de un empecinamiento sin fervor. Resto de una familia que se va yendo sin él, carga con un legado difícil de soportar. Por eso se engancha con los diferentes intrusos que van ocupando su cuerpo. También para él ha llegado el momento de tomar una verdadera decisión.

El final del film, que golpea ambos destinos, no puede ser más conmovedor. Una de las virtudes de este nuevo cine argentino es la potencia metafórica de sus imágenes. Filmada en Ramos Mejía, Banfield, barriadas de clase media venida a menos, sus personajes han sido arrastrados por la degradación que fue ganando a la sociedad argentina de las últimas décadas.

Así, suplementando el neorrealismo en que se inscribe, la opera prima de Leonardo Di Cesare instala un plus de subjetividad ante el desierto que nos habita. Más allá del vano optimismo y de la melancolía sin fin, sus personajes arrancan las lágrimas necesarias para que el maltrecho cuerpo se abra a la lucidez.